

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

## CONTENIDO:

	Página
El ministerio en el contexto del sacerdocio universal de los creyentes.....	1
El lugar del Servicio Cristiano.....	8
Bosquejos del Antiguo Testamento.....	12
Walter y la misión.....	20
Las confesiones y las iglesias jóvenes en el tiempo ecuménico.....	27
Bosquejos para Sermones.....	33
Bibliografía.....	47

Publicado  
por  
La Junta  
Misionera  
de la  
Iglesia  
Evangélica  
Luterana  
Argentina

A ñ o 10

Primer Trimestre - 1969

Número 61

## BOSQUEJOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Posiblemente el rey pensó que esto indicaba un cambio en el plan divino. De todos modos, al fin y al cabo Sedequías se rebeló, y cuando Nabucodonosor vino contra él en el año noveno de su reinado, envió a Jeremías en la expectativa de que el Señor había de hacer con él según todas sus maravillas. Pero oyó de Jeremías las más severas predicciones de la ira del Señor hasta ahora pronunciadas (Jeremías 21:1-14). [Ezequiel recibió la misma revelación mientras estuvo entre los cautivos (Ezequiel 24:1-14); y de él también aprendemos que Sedequías conspiró con Egipto (Ezequiel 17:15-21).]

### Capítulo 47

#### DIOS SE MUESTRA ADAMANTINO

Ezequiel 1 a 24; Jeremías 30 a 44;

2 Reyes 25; 2 Crónicas 36;

Lamentaciones 1 a 5

**La gloria del Señor partió**, Ezequiel 1:1 a 11:25. Lo que Jeremías predicó en la patria, **Ezequiel** lo proclamó junto al río Quebar, en medio de los cautivos que habían sido deportados con el rey Joaquín. En verdad, en el mismo nombre de Ezequiel el Señor expresó su propio propósito: "Dios endurece o fortalece". Lo mismo expresó también en sus propias palabras cuando llamó a Ezequiel en el año quinto de su cautividad (que corresponde al año quinto de Sedequías): "Como diamante, más fuerte que pedernal he hecho tu frente" (3:8-9). Y en las profecías de Ezequiel es "**Jehová el Señor**" (**Adonai Yavéh**) quien habla al "hombre mortal" (el hijo de hombre). Es Ezequiel el que tiene la experiencia singular y conclusiva de ser llevado desde lejos en visiones de Dios para ser testigo de la partida de la "gloria de Dios" del templo y de la ciudad santa.

Ya dos veces antes, cerca de Tel-abib junto al río Quebar, había visto la gloria en el más grande esplendor descender en el carro de cuatro querubines cuando fue llamado a hablar a la "casa rebelde" (1:1 a 3:27). Se le ordenó entonces simbolizar en varias maneras el sitio inminente de Jerusalén así como su desesperación y su desolación, mien- (6:1 a 7:27).

En el sexto año, Ezequiel fue alzado de su casa por el Espíritu, de delante de los ancianos de Judá, y transportado a Jerusalén donde había de observar las abominaciones horribles que setenta de los ancianos de Israel cometieron en las tinieblas de sus cámaras. Entre ellos se encontraba aún Jaazánias safanita. Cosas semejantes hicieron las mujeres a la puerta del templo (8:1-18). Y la gloria del Dios de Israel se elevó de encima del querubín al umbral de la casa, mientras el profeta tuvo una visión de la destrucción mediante seis ángeles de todos aquellos en la ciudad que no habían sido marcados con la señal del séptimo angel (¿el Angel de Jehová?) en sus frentes, a fin de ser preservados. También vio cómo este séptimo angel esparció carbones encendidos sobre la ciudad (9:1 a 10:8). Seguidamente vio Ezequiel el mismo carro de Dios que había visto junto al río Quebar, y la partida de la gloria de Jehová del templo a la puerta oriental sobre los cuatro querubines (10:9-22). En la puerta oriental había 25 de los principales del pueblo, entre los cuales había otro Jaazánias y Pelatías, que daban mal consejo, y se burlaban de la amonestación de Jeremías a los efectos de que los exilados debieran edificar casas, y de su visión de la olla que hervía (cf. Jeremías 29:5 y 1:13). Allí el Espíritu movió a Ezequiel a profetizar contra ellos que la ciudad no les ofrecería protección alguna, sino que serían sacados y ejecutados por el enemigo en los límites de Israel (cf. Jeremías 52:10). Al instante murió Pelatías. Cuando Ezequiel prorrumpió en desesperado clamor, el Señor le aseguró que de entre los exiliados recogería su remanente y les daría un espíritu nuevo y un corazón de carne, para que anduvieran en sus ordenanzas. Entonces los querubines levantaron el carro y la gloria del Señor partió de la ciudad y se puso sobre el monte que está al oriente de la ciudad (el Monte de los Olivos). El Espíritu

volvió a llevar al profeta a los cautivos en Babilonia y les habló todo lo que Dios le había mostrado (11:1-25).

**Y sabrán que yo soy Jehová**, Ezequiel 12:1 a 24:27. A aquellos que todavía eran de la "casa rebelde", Ezequiel les siguió predicando de la próxima destrucción de Jerusalén hasta el mismo día en que fue sitiada unos tres años más tarde.

Exequiel mismo simbolizó el que la gente sería sacada de la ciudad, que huirían, que al rey se le sacarían los ojos y que los sitiados se llenarían de terror. Con intensa repetición cita al revés el refrán presuntuoso con que el pueblo se burlaba de la paciencia del Señor (12-1-28). ¡Ay de los profetas insensatos que engañaron al pueblo por asegurarles la paz, y que recubrieron sus propios hechos con lodo suelto! Y ¡ay de las profetisas mentirosas! (13-1-23). Aunque estuvieran Noé, Daniel y Job en Jerusalén cuando el Señor enviaría sus cuatro juicios severos de espada, hambre, bestias y pestilencia, por su justicia librarían únicamente sus propias vidas (14:1-23). Como la madera inútil de la vid, serán consumidos los habitantes de Jerusalén por el fuego (15:1-8). Jerusalén cometió fornicación peor aún que Samaria y Sodoma, y eso lo recordará con vergüenza cuando a causa de su pacto sempiterno Jehová le perdonará todo lo que ha hecho (16:1-63). Sedequías, al romper su alianza con Nabucodonosor, pecó contra Jehová, y su conspiración con Egipto de nada le servirá. A la hora determinada el Señor sembrará un Renuevo, a la sombra del cual habitarán seguros los pueblos (17:1-24). Solo era un pretexto el que dijeran que sufrían castigo por causa de los pecados de sus padres, como rezaba su refrán, porque rigen dos principios: "El alma que pecare, esa morirá" y "¿Quiero yo la muerte del impío? dice Jehová el Señor. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos?" (18:1-32). Se lamentará sobre los príncipes de Israel, Joacaz y Sedequías, cachorros de la leona madre (19:1-14).

En el año séptimo cuando los ancianos volvieron a Ezequiel para consultar a Jehová, Ezequiel les recontó la historia de las abominaciones de Israel, es a saber, su idolatría en Egipto, a través del desierto y en Canaán. Pero si pensaron volverse paganos como las demás naciones,

Jehová los reunirá de las tierras en que fueron esparcidos, y los traerá a su monte santo, apartará de entre ellos a los rebeldes y será santificado en ellos ante los ojos de las naciones. Entonces se aborrecerán a sí mismos a causa de todos sus pecados que cometieron, cuando Jehová habrá hecho con ellos por amor de su nombre (20:1-49). Todo el reino será reducido a ruina, hasta que venga Aquel cuyo es el derecho (21:1-32). Jehová reunirá la casa de Israel en Jerusalén, la ciudad derramadora de sangre, que se ha convertido en escoria a causa de sus gobernantes, sus sacerdotes, sus profetas y su pueblo corruptos; y los consumirá con el fuego de su ira (22:1-31). Las fornicaciones de las dos hermanas Samaria Ahola y Jerusalén Aholiba con Asiria y Babilonia juntamente con las que habían cometido con Egipto, les han traído por fin su destrucción por medio de sus propios amantes. Jerusalén tendrá que beber el cáliz de Samaria a manos de Babilonia (23:1-49).

Vino a Ezequiel palabra de Jehová en el año noveno, en el mes décimo, a los diez días del mes, diciendo: "El rey de Babilonia puso sitio al Jerusalén este mismo día... ¡Ay de la ciudad de sangres!... Yo Jehová he hablado; ...no me volveré atrás, ni tendré misericordia, ni me arrepentiré." Y del mismo modo que Ezequiel no había de endechar la muerte de su esposa que coincidió con estos acontecimientos, Dios mandó a los cautivos no lamentarse de lo que sucedería: "Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo profano mi santuario, ...el deseo de vuestros ojos; ...y vuestros hijos y vuestras hijas que dejasteis caerán a espada" (24:1-27).

**La caída de Jerusalén, 586 a.C.,** Jeremías 30:1 a 39:18; 2 Reyes 25:1-30; 2 Crónicas 36:17-21. Así sucedió que Nabucodonosor, rey de Babilonia, sitió a Jerusalén desde el noveno hasta el undécimo año del reinado de Sedequías (Jeremías 52:4-5; 2 Reyes 25:1-2). Un pacto que el rey y los príncipes hicieron con el pueblo (¿al recibir el primer susto?) de dejar libres a los esclavos hebreos de acuerdo con la ley tanto tiempo ignorada, pronto se violó (Jeremías 34:8-22). Esto probablemente sucedió cuando los caldeos tuvieron que levantar el sitio temporalmente para repeler un ataque del Faraón (Hofra) que ocurrió poco tiempo des-

pués de haber sitiado a Jerusalén. Este momento al parecer auspicioso, el rey lo aprovechó para enviar mensajeros a Jeremías pidiendo que intercediera con el Señor; pero recibió la contestación de que los egipcios habían vuelto a su tierra, y que los caldeos, aunque fueran heridos hasta el último hombre, pondrían fuego a Jerusalén. Durante esta interrupción temporal del sitio, Jeremías quiso salir de la ciudad para arreglar algunos asuntos personales en casa, pasar a los caldeos. Y los príncipes le encarcelaron en unas bóvedas. Su dura prisión fue aliviada por Sedequías, a la petición de Jeremías, cuando en una entrevista secreta buscaba de éste una palabra favorable del Señor. Pero aunque fue rechazado con la misma severidad de siempre, dio orden de custodiar a Jeremías en el patio de la cárcel, haciéndole dar una torta de pan al día, hasta que todo el pan de la ciudad se gastase (Jeremías 37:1-21).

Cuando el hambre y la tribulación llegaron a su colmo en la ciudad sitiada, es probable que Jeremías escribiera sus **"Páginas de la Promesa"** (capítulos 30 a 33; ver arriba), las hiciera leer al pueblo para su consuelo, y diera testimonio de su propia fe en la restauración por medio de la compra de una heredad en Anatot (Jeremías 32:1-44). Pero ya que esta predicación se basaba en la caída previa de la ciudad y la desolación y el auxilio de Judá, sólo sirvió para exitar de nuevo a los príncipes, los cuales denunciaron al profeta de ser desanimador del pueblo y demandaron de Sedequías su ejecución. El rey vacilante accedió a sus demandas, y en su ausencia le echaron al profeta en una cisterna llena de cieno que estaba en el patio de la cárcel. Mas el eunuco etíope Ebed-melec pronto avisó al rey, y rescató al profeta con tierna solicitud, por lo que Dios le prometió una recompensa (39:15-18); y le devolvió a su prisión en el patio de la cárcel (Jeremías 38:1-13).

En otra entrevista secreta que el rey aturdido arregló con Jeremías, éste le urgió a Sedequías rendirse voluntariamente, por lo que podría todavía salvar de la destrucción tanto su propia vida como a Jerusalén. Pero la indecisión de Sedequías le apresó, y le movió a persuadir a Jeremías a que escapara de la inquisición de los príncipes por medio de evasiones (Jeremías 38:14-28).

En el año undécimo de Sedequías (586 a.C.), después de un sitio de 18 meses, Jerusalén al fin cayó. Huyendo el rey, fue alcanzado y capturado cerca de Jericó, y fue llevado a Nabucodonosor en Ribla. Allí fueron degollados ante sus ojos sus hijos y los príncipes, y a Sedequías le sacaron los ojos y le llevaron a Babilonia en cadenas. El templo fue saqueado, Jerusalén fue destruída con fuego, fueron derribados los muros, y lo que restó del pueblo, con excepción de algunos pobres, fue transportado a Babilonia. En cuanto a Jeremías, Nabucodonosor ordenó al capitán de la guardia velar por su bienestar. Por tanto Nabuzaradán y los otros príncipes babilonios pusieron en libertad a Jeremías, y le encomendaron al cuidado de Gedalías safanita, el nuevo gobernador (Jeremías 39:1-18; cf. 52:4-30; 2 Reyes 25:1-21).

**Lamentaciones**, Lamentaciones 1:1 a 5:22. "¡Cómo ha quedado sola la ciudad populosa!" (1:1-22). "¡Cómo oscureció el Señor en su furor a la hija de Sión!" (2:1-22). "Yo soy el hombre que ha visto aflicción bajo el látigo de su enojo" (3:1-66). "¡Cómo se ha ennegrecido el oro!" (4:1-22). "Acuérdate, oh Jehová, de lo que nos ha sucedido; mira, y ve nuestro oprobio" (5:1-22). Se puede tomar por sentido que Jeremías escribió estas cinco canciones elegíacas poco después de la destrucción de Jerusalén con las ruinas de la ciudad sagrada a la vista. Es el último de los libros poéticos veterotestamentarios, que en nuestras versiones forma un apéndice al libro de las profecías de Jeremías.

**El éxodo a Egipto**, Jeremías 40:1 a 44:30; 2 Reyes 25:22-30. Atado con cadenas, Jeremías fue encontrado por Nabuzaradán entre los cautivos en Rama, fue puesto en libertad, y fue honrado por él. Jeremías vivió en Mizpa con Gedalías safanita, al cual Nabucodonosor había puesto por gobernador en la tierra. Allí regresaron también todos los judíos dispersados en Moab, Amón y Edom. Pero Gedalías no creyó el informe del capitán Johanán de que Ismael, de la descendencia real, había sido contratado secretamente por el rey Baalis de Amón para matarle (Jeremías 40:1-16). Así sucedió que Ismael cometió ese vil hecho dentro de los dos meses después de la destrucción de la ciudad; y también mató traicioneramente a setenta peregrinos que habían

venido del norte para ofrendar en el santuario. Johanán reunió unos hombres para pelear contra el asesino en Gabaón. Los que Ismael tenía capturados escaparon y se unieron a Johanán; pero Ismael mismo escapó y huyó a Amón con unos pocos hombres. Por miedo de los caldeos, Johanán y su gente se reunieron en Belén en preparación de su emigración a Egipto (Jeremías 41:1-18; cf. 2 Reyes 25:22-26).

A Jeremías le pidieron consultar por la voluntad de Jehová en cuanto al futuro de este remanente. Después de diez días respondió que la voluntad del Señor era que se quedaran quietos en la tierra, y que Jehová había prometido protegerlos puesto que se había arrepentido del mal que les había hecho. En cambio, en Egipto les sucederían aquellas mismas cosas que pretendieron escapar, y la ira del Señor se derramaría sobre ellos (Jeremías 42:1-22). Johanán y todo el pueblo no obedecieron a la voz de Jehová, sino que emigraron a la tierra de Egipto, llevando consigo a Jeremías. En Tafnes (que es Dafne en Bajo Egipto) Jeremías recibió la profecía acerca de la conquista de Egipto por Nabucodonosor (Jeremías 43:1-13). Y otra vez más tarde, cuando el pueblo cometió idolatría, y en especial las mujeres quemaban incienso a la reina del cielo, les reprendió. Enfrentó su escarnio y obstinación, profetizándoles que, aparte de unos pocos hombres, habrían de ser consumidos a espada allí en Egipto; y la derrota de Faraón Hofra les serviría de señal de ello (Jeremías 44:1-30).

A los treinta y siete años de su cautiverio, Joaquín fue libertado de su prisión en Babilonia, y honrado por Evilmerodac, rey de Babilonia, todos los días que le restaban de vida (2 Reyes 25:27-30; Jeremías 52:31-34).

[En 2 Macabeos 2:1-15 leemos que en los escritos de Nehemías y en otros documentos existentes entonces se relata que Jeremías escondió el tabernáculo, el arca y el altar de los perfumes en una gruta al pie del Monte Nebo. Según otra de las muchas tradiciones, el profeta finalmente murió apedreado por sus propios compatriotas en Tafnes. Allí se señalaba el lugar de su sepultura, aunque otros lo creen sepultado en Cairo.]



“Y Jehová el Dios de sus padres envió constantemente palabra a ellos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su habitación. Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo, y no hubo ya remedio . . . Los que escaparon de la espada fueron llevados cautivos a Babilonia, . . . para que se cumpliera la palabra de Jehová por boca de Jeremías, hasta que la tierra hubo gozado de reposo; porque todo el tiempo de su asolamiento reposó, hasta que los setenta años fueron cumplidos” (2 Crónicas 36:15-16, 20-21).

(Continuará la Décima Parte)